

CAPÍTULO VII.

AMORES Y MATEMÁTICAS.

XXXVI.

En materia de amores, y al tratarse de emitir sobre la misma conceptos determinados, es inútil discurrir.

El amor huye de las reglas fijas, como la mariposa y la nube se separan incesantemente de la línea recta.

Id á comparar las frases espirituales y tiernas de Santa Teresa de Jesus con los *carbones encendidos de Sapho*, y habreis incurrido en el mas singular absurdo.

La sublime poetisa española hallaba la vida entre las sangrientas llagas de su Cristo, y la cantora de Lesbos ó de Mitilene halló la muerte entre los desdenes de Phaon.....

El *sublime* del amor ha sido tambien muy diverso á la expectation de los grandes amantes, ó si se quiere, de los grandes poetas, estos gigantes pensadores del corazon.....

Si la obra de la Redencion del género humano hubiera aconiteco entre los siglos XVIII y XIX, probablemente hoy nos

santiguariamos qué sé yo si con una guillotina ó con una pistola.

Quedó hace muchos siglos consagrado esto ✚ como un signo de amor y de redencion, y los que creemos, así lo empleamos. Los que creen poco, alteran la forma, limitándose á imprimir en su frente, la X signo de la incógnita.....

¡Oh! ¡Pero la creencia es la felicidad! Creer es amar. Cuando la humanidad se arroje un cero á la cara, habrá llegado el *Dies iræ* del Profeta!.....

Por nuestra parte, hemos admirado la Haydée de Byron, la Cimodocea de Chateaubriand, la *Francesca* de Silvio Pellico, la Carlota de Goëthe, &c., figuras todas grandes, nobles y bellas; pero creemos mas en la poesía y en la verdad del amor de cualquiera muchachilla mexicana de la clase média, que mientras distribuye los doce reales de *su gasto* ó repara á solas las mallas de sus medias, piensa y suspira llena de ternura y abnegacion, por un novio con seiscientos pesos de sueldo, ó dependiente de tienda de ropa con esperanzas de llegar á comerciante.

La *Coseta* de Víctor Hugo, idolatrando á Marius de Rennepont lleno de harapos y de entusiasmo, es un tipo sublime.

Es el ideal de los amores posibles: es la verdad desnuda, agigantada, celestial.

Es el *ergo* preciso, la mas exacta deduccion de ese laberinto de hombres, mujeres y pasiones que obedecen, precipitándose á ciegas en no sé qué abismo de rosas y de sombras, impelidos por la fuerza irresistible de esa ley que se llama *amor*.

Antonio y Piedad habian sido arrebatados sin saberlo, por ese huracan, y volaban al mismo punto, pero no unidos. Su destino los obligaba á idolatrarse, por decirlo así, «paralelamente,» á distancia.

Se amaban, si puede decirse, «á tiro de pistola;» pero para

un resultado era lo mismo, si hubiera existido, propia y rigurosamente hablando, un amor mutuo.

¿Debian acaso de encontrarse al fin y comprenderse?..... Esto era solamente probable.

¿No llegarían nunca á comprenderse? Esto podía acontecer muy bien.

Amarse, por otra parte, al través de inconvenientes sociales, teniendo que derrocar muros de granito para llegar á unirse, era, ó el colmo de la temeridad, ó la epopeya del amor.

Antonio enamorado de una muchacha decente, sin contar, para llevar al cabo una union social, con mas tesoros que el de ciertas facultades personales, y el de *brillantes disposiciones* que el mundo le concedia, confesándose las en esa jerga decorosa que emplea para confesar cuanto quiere; Antonio, decimos, era para las cuestiones reales de la vida y para las exactas y apremiantes exigencias de la sociedad, todo, menos un *marido*.

Era un boceto del amante desgraciado.

Podia servir de modelo para la viñeta de un *novelon* ferozmente «romántico;» debia de considerársele como la *ilustracion* puesta por Staal ó por Mr. Bertall en algun libro filosófico-erótico de Alph. Karr.....

Nada mas.

Un hombre así, cuando exclama en presencia de la sociedad en las palabras «¡Me muero de amor!» provoca las sonrisas.

La sonrisa despreciativa del mundo, que lo ve «de piés á cabeza» y lo encuentra «un miserable,» y la sonrisa divina de Dios, este sublime inventor de la hoja de higuera, que al ver tal hombre y tal corazon, recuerda que un dia lo hizo *á su imágen y semejanza*, como dicen en el Génesis.

—«¿Me declaro por fin? —pensaba Antonio. — Pero..... tengo que *casarme*.

«Tengo que crear en la sociedad *una posicion* para una mujer.....

«¡No la tengo para mí!

«La familia *lo sabrá* luego: la madre ó el padre de esta muchacha me llamarán aparte.

«Muy bien.

«Me preguntarán cuáles son mis intenciones.

«Las mas nobles y puras.

«¿Cuáles mis fines?

«Los mas dignos y caballerosos.

«Y ¿despues?.....

«¿Despues?..... Despues me dirigirán esta pregunta, á la cual no podré contestar satisfactoriamente:

—«Y vd. ¿con qué cuenta?.....

«Cuando no se cuenta con algo satisfactorio en la vida, debe suprimirse el amor, como se suprime el vino en la comida si el presupuesto no permite *la entrada* de este artículo.

«¿No puedes pagar tu asiento en la ópera?

«No.

«Pues no vayas.....

«¿Tienes fondos para contraer matrimonio?

«No.

«Pues no ames..... suprime el corazon.....»

XXXVII.

Es terrible el período de la vida en que á un hombre le pasa, poco mas ó menos, lo siguiente:

Pasa por cerca del aparador de una tienda; una joyería falsa por ejemplo: le agrada algo, y sus únicas palabras son estas:

—¿*A cómo?*—apuntando con el dedo ó con la vista un ob-

jeto, cualquiera que sea, pero que pudo llamarle la atencion.

Le contestan, y se va *enterado* del precio.

Nada mas.

Si en la calle encuentra una linda muchacha que lo cautiva, le seduce, le fascina, lo primero que le viene á la imaginacion, despues de analizar todos los encantos posibles de la jóven, es

—¿A cómo?.....

Y se marcha por otro lado, suponiendo una respuesta, presuponiendo ó presupuestando un valor..... pensando en una cifra.....

Todo esto pensó Antonio, despues de dar vuelta á la calle inmediata á la en que vivia Piedad.

Se sentia lleno de humillacion, exasperado con su ansiosa y loca impotencia.

La observacion del *quidam* expresada con las palabras «¡Está vd. inconocible!» le pusieron furioso.

Llegó á su cuarto y se quitó su levita nueva, que arrojó sobre un mueble con el mayor desden.

—Hablémonos á nosotros mismos con la mayor franqueza y circunspeccion,—murmuró sentándose al escritorio y poniéndose buenamente á pensar en lo que le estaba pasando.— ¿Se necesitan los tesoros de Creso para adquirir la posesion de esta mujer? Es de la clase média como yo. Pero es *mujer*..... delicada..... tiene piano..... en su casa hay alfombra..... es, en fin, una «muchacha decente,» que por razon natural debe de tener sus aspiraciones. Nada mas justo por cierto..... pero..... ¿puedo yo llenar tales aspiraciones? ¿puedo ofrecerla con mi amor y con mi persona, otra cosa que dificultades, pobrezas, tal vez miseria?

Dicen que las pasiones bien dirigidas constituyen un noble estímulo y hacen progresar al hombre mas desgraciado.....

¡Pues bien..... apasionémonos!.....

Y bien: ¿cuál es el principio de tal camino?

Los hechos.

Es decir, la buena voluntad..... la fuerza moral. ¡El trabajo!.....

¡Trabajar!..... Pero ¿en dónde, cómo, en qué?..... ¿Soy algo?..... ¿Puedo serlo?.....

¡Ah! ya comprendo..... Mi destino me condena aún á *trabajar* para trabajar!.....

¡Singular condicion, excepcionalísima por cierto!

Pero el Criador no se expresó con franqueza.

Su Divina Majestad dijo: *Trabajarás*, en el dia aquel de la maldicion; pero no añadió lo que, por lo menos en mí, se verifica.

Si yo hubiera sido Adan, y Jehovah me hubiera aquel dia tomado por su interlocutor, me hubiera dirigido la palabra poco mas ó menos en estos términos:

—*Trabajarás para trabajar.*

Y si tal hubiera pasado, ¡oh!..... desde hace luengos años que yo hubiera sabido á qué atenerme.

Pero, en fin, dicen que todas las cosas quieren un principio, y yo me sujeto.

¡Adelante! Me precipito en este amor, de cabeza y con los ojos cerrados, como quien confia su salvacion á un largo trecho de natacion en el Atlántico..... ¿Sobrenadaré? ¿podré llegar á salvo á la felicidad al través del negocio?.....

¡Qué escabrosidades, santo Dios, para llevar el camino que conduce al cumplimiento de una mision!.....

Y..... ¡qué camino!.....

El demonio mismo no hubiera inventado un derrotero mas sombrío para conducir al hombre á la exasperacion!

Mi vida es un mapa infernal de sombras.

¿Por dónde está el sendero de oro?

¿En dónde empieza la línea rosada?

¡Oh duda! Tú eres el resultado de la incubación entre las tinieblas y la nada!

Al menos el vicio tiene sujeto al hombre á sus obsesiones determinadas y enérgicas.....

Entre una carta amorosa y un presupuesto de matrimonio, no veo mas medio que el sacrificio.

Pero no estoy dispuesto á renunciar á mi felicidad.

Seamos algo, pues así lo quiere el destino.

El destino, que se me presenta hoy en medio de la vida bajo la forma de una muchacha simpática, que bien puede ser una santa.

Pero puede ser tambien la forma que el demonio tome para venir al mundo á consumir la obra de mi martirio.

De todas maneras, y sea lo que se quiera, hasta ahora no hace mas que impelerme hácia adelante.

Obedezcamos.

Al pasar, no me ha visto ó no me ha conocido. Pero..... ¡con razón!.....

¿Quién había de conocerme á mí, pobre *bohemio*, disfrazado de *gente que vale algo*?.....

¡Si andaba yo ya en unas *fachas*!.....

Y así tuve valor para seguirla.....

Se necesita ciertamente muy poco decoro ó muy poco mundo para hacer esas cosas.....

¡Qué tontera!..... ¡Presentarse así!.....

Yo no sé *en dónde andan* los términos medios de mi situación.

¿Qué debo hacer para no andarme en extremos?

La suerte es del audaz, y yo debo empezar por conquistar la suma de audacia que necesito para llegar hasta mi suerte!....

¿Para qué seré yo bueno?.....

Ó mejor dicho:

¿En dónde ó en qué podré «desplegar» la aptitud de que el cielo me haya dotado para alcanzar la realización de mis esperanzas tan justas?.....

Qué!..... ¡mas claro!

¿En dónde conseguiré *dinero*?.....

He aquí la verdadera cuestión.....

¡Pobre muchacha si ahora le ocurriese enamorarse de mí!

¡*Hacia negocio!*

Veamos, pues.

XXXVIII.

Tomó un lápiz, un pedazo de papel, y se puso á escribir.

No penseis, lectores, que la poesía, esa diosa de blanda sonrisa y apacible frente, fué la que bajó á dictar los conceptos angustiados que, negros, silenciosos y rápidos, descendieron de la acalorada mente de aquel hombre, deslizándose por la punta del lápiz y vaciándose en el papel como un *mal humor* arrojado allí por un caño capilar.....

¡No!..... Antonio no poetizaba, calculaba. No escribía sonetos, sino cifras.

No hacia remontar al cielo, en una doble partida, las místicas flores de su esperanza y de su fe, sino que se atenia á la partida doble de la *prosa* de la vida, que en un definitivo resultado debía demostrarle con una cruel y terrible ingenuidad, que todo él era ceros, supuestos, capacidades cuando mas, y que para llegar hasta el Eden de su amor, necesitaba constituirse en una cifra valorizadora de aquellos ceros, y entrar de frente, con valor y entusiasmo, al mundo de la *prosa*, al mundo de la materia..... ¡al mundo, en fin!.....

Porque hay algo que es un hecho:

Para los intereses de una muchacha pensadora, un ángel y un mendigo son casi lo mismo.

No sé qué de harapos hay en las alas.

En todo caso, es preferible *un hombre de bien*, con quince-
nas siquiera de cincuenta ó sesenta pesos, y esperanzas de
llegar «alguna vez» á «algun descanso.»

Todo esto es notoriamente cruel. Algo mas, terrible, para
el hombre que confía la mitad de su ser á la union moral, ma-
terial y social de su vida, á la vida de la mujer que ama.

Pero todo es cierto, ó mejor dicho, todo esto se justifica
con una reflexion que es por cierto simple, llana, indeclinable,
fria.....

El amor, la ternura, la idealidad, &c., suelen cargar la ca-
beza, pero jamás el estómago.

Se trata, pues, en tales casos, de cuestiones *vitales*.

Nuestro jóven, al hacer uso de un lápiz y de un papel, hizo
algo mas que soñar.

Presupuso.

Y «presuponer» *algo*, es «presupuestar.»

Descendió de la nube al suelo, de la utopia al cálculo, de
la mitología á la aritmética.

Si Piedad hubiera sentido poseida de un sentimiento mas
de acuerdo con la conveniencia que con la abnegacion, y si
hubiera notado el calor de la frente de Antonio, su desconsuelo
y su esmero para medirse de potencia á potencia nada menos
que con su mismo corazon; la jóven, decimos, no hubiera va-
cilaado en calificar aquel estado de su novio, como la primera
garantía del porvenir de ambos, y no hubiera vacilaado en otor-
garle *sin responsabilidad*, sin inconveniente alguno, los prime-
ros favores que toda muchacha concede sin vacilar á un hom-
bre cuando está segura de que obra de acuerdo con las severas
sugestiones del deber.

Pero Piedad era tan sensible como Antonio, aunque por ra-
zon que puede llamarse natural, mas inexperta que su amante.

Las mujeres, por tal razon, pueden acariciar en calma, en
materia de amores, las mas lentas y gratas ilusiones, las mas
bellas y dulces quimeras; pues que, flores débiles y delicadas,
nacieron para dar perfumes, y les basta á su tiempo inclinarse
como la rosa de Jericó ó como la liana, apoyándose, enredán-
dose y reclinando sus matizados pétalos y sus fragantes coro-
las entre las robustas, flexibles y elegantes ramas del arbusto
que las sostiene.....

Por eso quizá nos ha parecido siempre «incalificable» el que
una muchacha conteste á su amante un «lo pensaré» que ja-
más puede ser verdadero, pues que jamás tal concepto estará
suficientemente fundado.

Somos nosotros, ¡oh lectores! nosotros los hombres somos
los que tenemos que *pensarlo*, muy detenida y concienzuda-
mente!.....

Antonio, deciamos, *presupuso* con toda verdad é imparcial
exactitud, toda la suma de *fuera social* que necesitaba im-
pendir para llegar á conquistar su soñada felicidad al lado de
Piedad.

Más claramente expresado:

Antonio llegó á calcular fria y severamente *cuánto dinero*
necesitaba *adquirir y gastar* para poder casarse con la mu-
chacha.....

Presupuestar es poner á la izquierda el nombre de un pla-
cer, de una necesidad ó de un capricho.

Á la derecha queda la cifra.

El lugar de honor lo lleva la expresion del dinero.....

¡Sumad, y sabreis *cuánto* teneis que valer en el mundo!

Nuestro jóven clavó hácia el porvenir que anhelaba, una mi-
rada atenta, observadora.

No dejó pasar detalle ni minuciosidad alguna.

Revisó de un modo ideal pero nimio, todo cuanto forma el establecimiento de un nuevo nido de amantes, y á todo dió un valor.

La lista debió de ser larga, pero completa.

Era preciso pensar en todo, ocuparse de todo, valorizarlo todo.

Así fué.....

Desde el piano y los espejos de la sala, hasta las *cazuelitas* y las cucharas de madera de la cocina.

Aquella alma que apenas queria tocar el mundo, como una nube, tuvo que descender á la consideracion de los mas groseros elementos físicos.

Aquella mano que solo hubiera deseado escribir las palabras *ángel, cielo, idealidad, &c.*, apuntó temblando y provista de una pluma *metálica*, la palabra *aventadores!*.....

Pero era *preciso*, y se sujetaba.

Sumó, por último, y el resultado *le dió* una cantidad enorme.

Habia allí muchos ceros que debian de llenarse solamente con *oro*.....

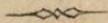
—¡Ni soñando hago *esto!*..... exclamó arrojando la pluma ó el lápiz sobre la mesa.

—Pues señor..... — continuó — si yo soy el *hombre* de esa *mujer*..... ¡brillante matrimonio le espera!.....

Pero..... ¿no se casan tantos?..... Mil, diez mil familias viven bajo cierta comodidad y aun con cierto *comfort*, como dicen los ingleses, con la mitad, ó tal vez menos de lo que yo *gasto* en mi vida solitaria y destituida de placeres.....

¿En qué consiste?.....

¡En *algo* que es preciso averiguar, y que yo descubriré ahora..... ó nunca!.....



CAPÍTULO VIII.

COSAS PUBLICAS Y HOMBRES PRIVADOS.

XXXIX.

Trascurría á la sazón una de tantas épocas que ha sufrido en México la idea liberal y el sentimiento progresista.

El sentimiento universal habia tenido que callar á *cintarazos*.

Zuloaga habia *corrido* un albur, al que habian *ido* grandes cosas, Juarez y el clero.

Los «padres» abrieron su breviario y exorcisaban la idea progresista, con el mismo fervor que si se tratara de una nube.

La nube habia empezado á desencadenarse sobre la situacion en cuyas ruinas se apoyara la silla de D. Ignacio Comonfort, y aun flotaba en el vacío, amenazando al elemento conservador.

Le amenazó de muerte, pero no le mató.

Todo le quedaba al elemento liberal.

El conservador habia empezado á *cajearse* con la Europa. Jugaba *el todo por el todo*. Ponia su última *parada*.

Corria, pues, un terrible albur.